

# El Rey León

Los Clásicos

Disney



EDICIONES  
 Gaviota

Disney

# El Rey León



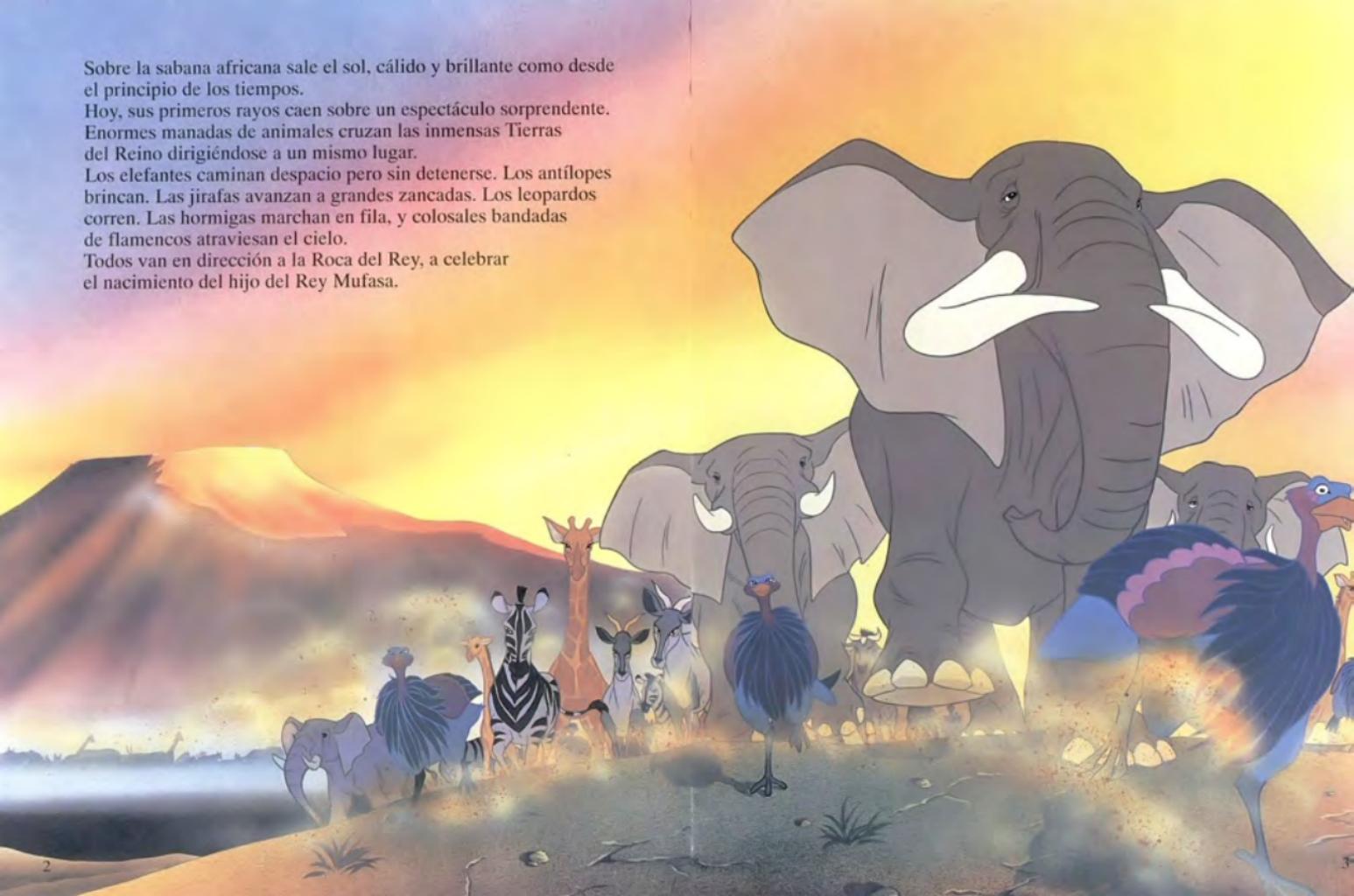
 EDICIONES  
Gaviota

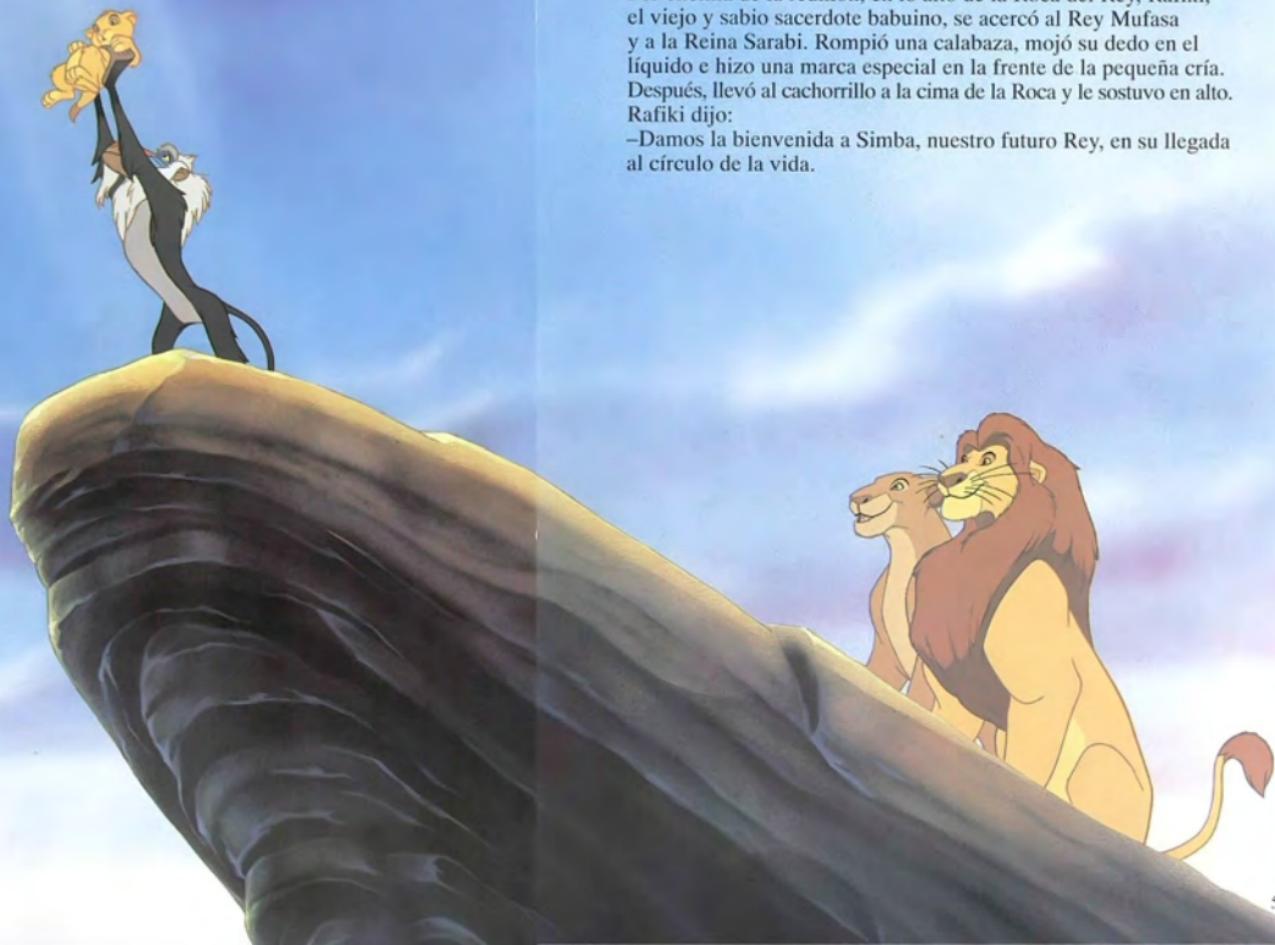
Sobre la sabana africana sale el sol, cálido y brillante como desde el principio de los tiempos.

Hoy, sus primeros rayos caen sobre un espectáculo sorprendente. Enormes manadas de animales cruzan las inmensas Tierras del Reino dirigiéndose a un mismo lugar.

Los elefantes caminan despacio pero sin detenerse. Los antílopes brincan. Las jirafas avanzan a grandes zancadas. Los leopardos corren. Las hormigas marchan en fila, y colosales bandadas de flamencos atraviesan el cielo.

Todos van en dirección a la Roca del Rey, a celebrar el nacimiento del hijo del Rey Mufasa.





Por encima de la reunión, en lo alto de la Roca del Rey, Rafiki, el viejo y sabio sacerdote babuino, se acercó al Rey Mufasa y a la Reina Sarabi. Rompió una calabaza, mojó su dedo en el líquido e hizo una marca especial en la frente de la pequeña cría. Después, llevó al cachorrillo a la cima de la Roca y le sostuvo en alto. Rafiki dijo:

—Damos la bienvenida a Simba, nuestro futuro Rey, en su llegada al círculo de la vida.

Grandes aclamaciones se levantaron en la llanura. Los elefantes barritaron. Los monos gritaron. Las cebras, los rinocerontes y una gran multitud de otros animales golpearon el suelo con sus pezuñas. Después se hizo un silencio absoluto entre la multitud congregada.

Todos los animales del reino del Rey Mufasa se arrodillaron ante Simba, su nuevo príncipe.



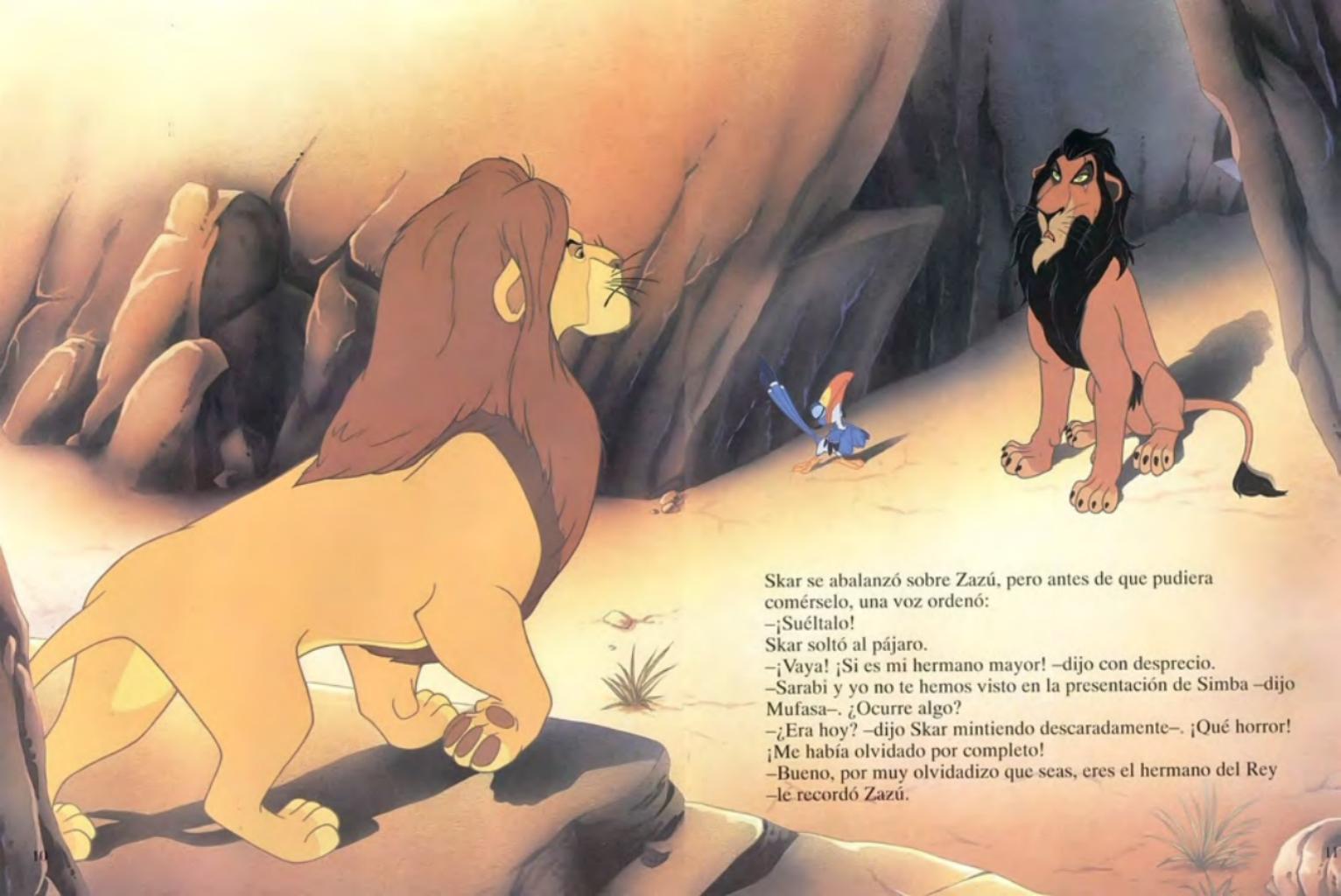


Sin embargo, uno de los miembros de la familia no había acudido a la ceremonia. El hermano del Rey Mufasa, Skar, se había pasado la mañana juguetando con un ratón. Estaba a punto de comérselo cuando apareció Zazú, el mayordomo del Rey. Skar se volvió sorprendido y el ratón aprovechó para escapar.

—¡Mira lo que has hecho, Zazú! —protestó Skar—. ¡Por tu culpa he perdido mi comida!

—¡Perderás más que eso cuando el Rey dé contigo! —respondió Zazú.

Pero Skar no le escuchaba. Todavía tenía hambre, y Zazú empezaba a parecerle muy apetitoso.



Skar se abalanzó sobre Zazú, pero antes de que pudiera comérselo, una voz ordenó:

—¡Suéltalo!

Skar soltó al pájaro.

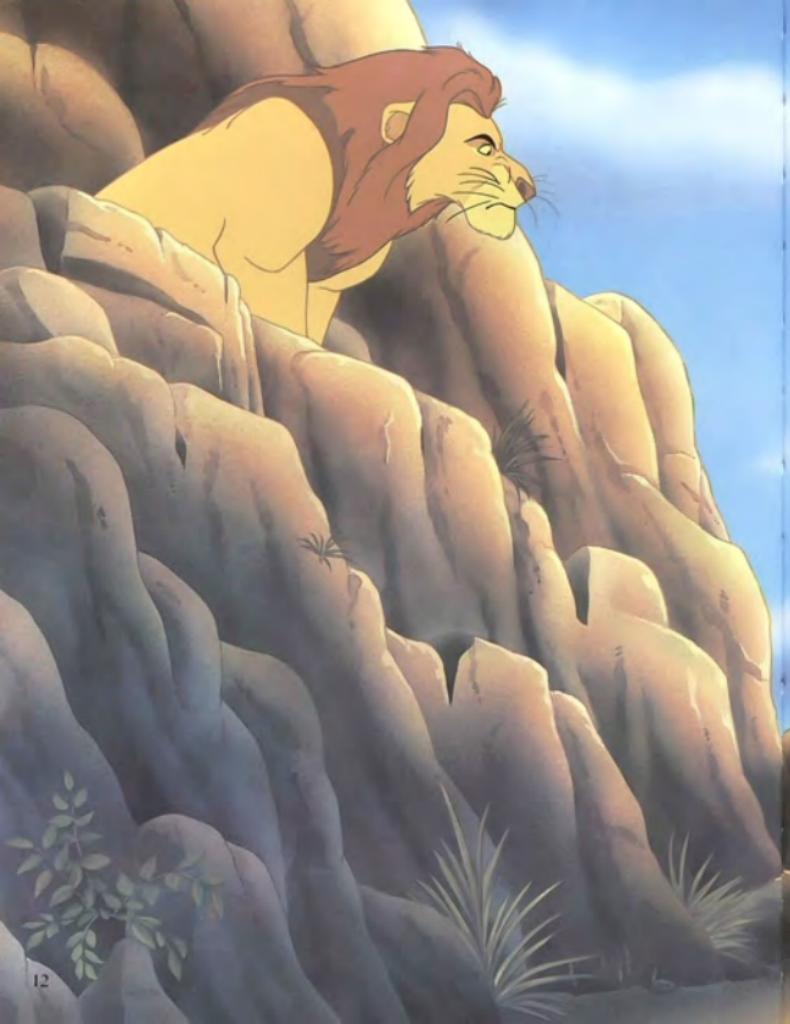
—¡Vaya! ¡Si es mi hermano mayor! —dijo con desprecio.

—Sarabi y yo no te hemos visto en la presentación de Simba —dijo Mufasa—. ¿Ocurre algo?

—¿Era hoy? —dijo Skar mintiendo descaradamente—. ¡Qué horror!

¡Me había olvidado por completo!

—Bueno, por muy olvidadizo que seas, eres el hermano del Rey —le recordó Zazú.

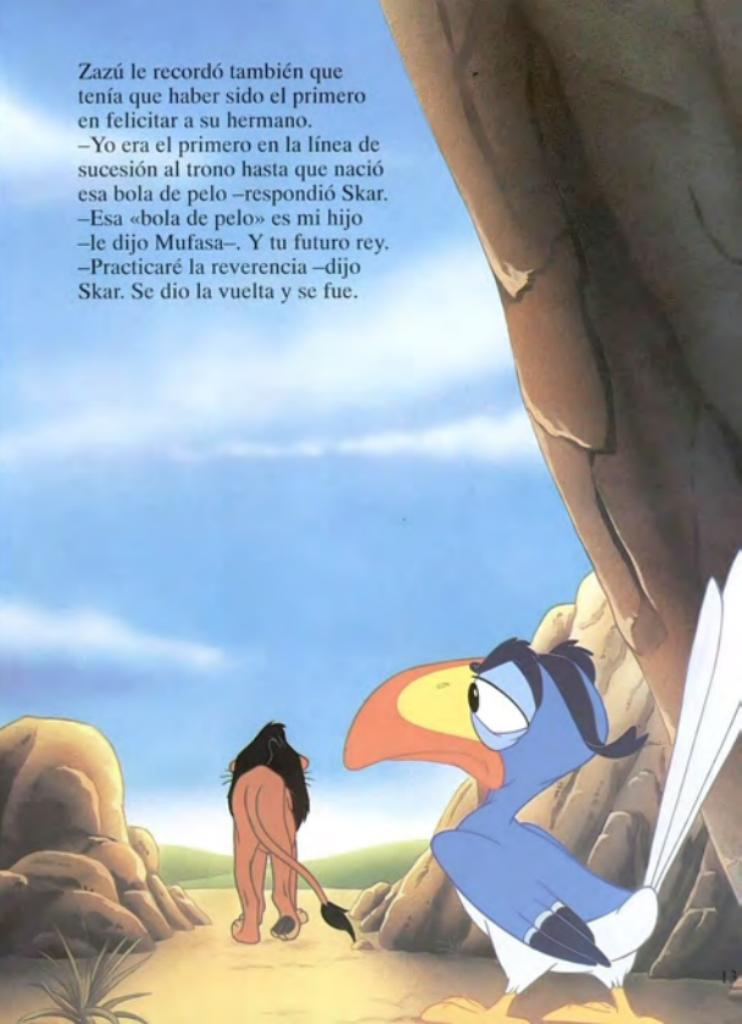


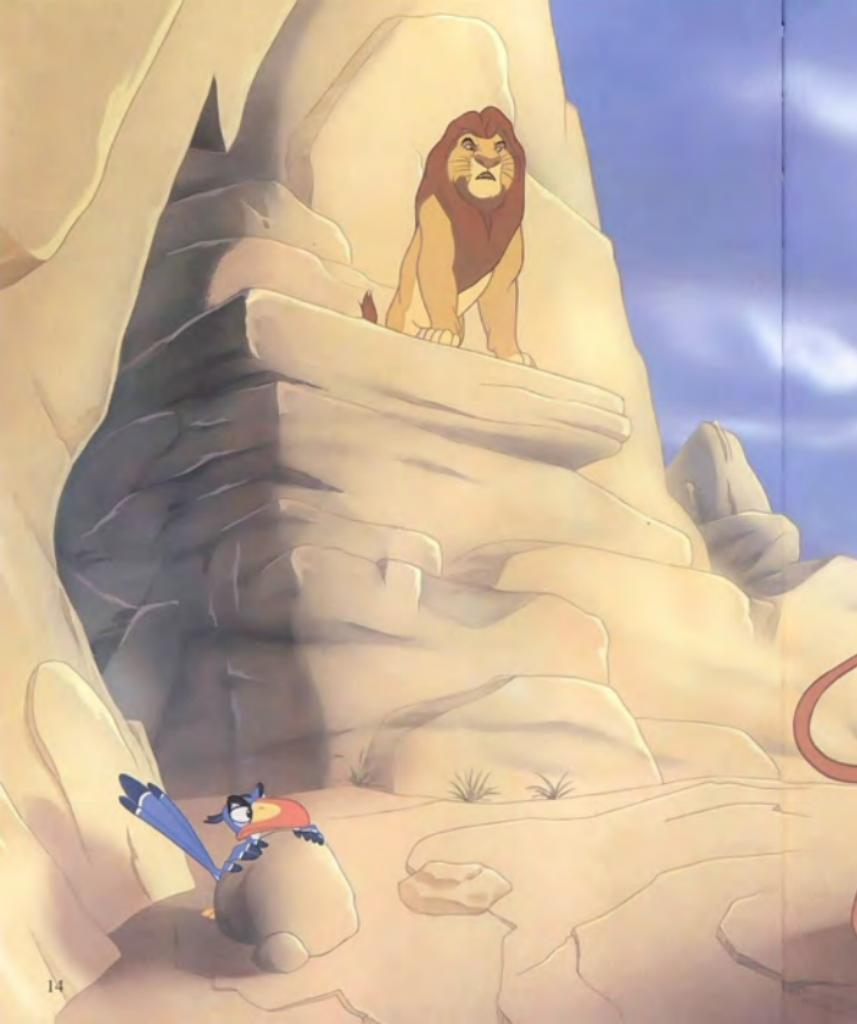
Zazú le recordó también que tenía que haber sido el primero en felicitar a su hermano.

—Yo era el primero en la línea de sucesión al trono hasta que nació esa bola de pelo —respondió Skar.

—Esa «bola de pelo» es mi hijo —le dijo Mufasa—. Y tu futuro rey.

—Practicaré la reverencia —dijo Skar. Se dio la vuelta y se fue.





Mufasa gritó a Skar:

-¡No me des la espalda!

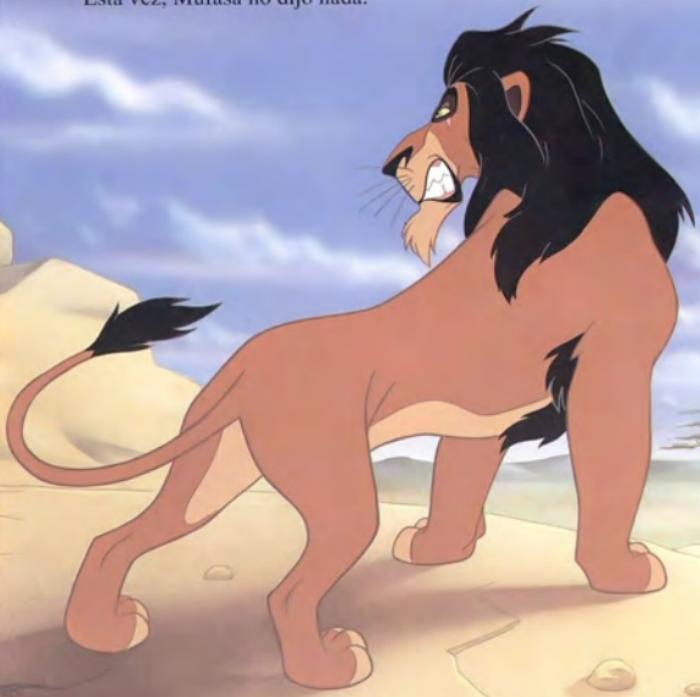
Skar se volvió.

-¡Oh, no, Mufasa! -dijo burlón-. Quizá sea mejor que no me des la espalda tú a mí.

-¿Me estás desafiando? -preguntó Mufasa acercándose a Skar. Zazú se escondió detrás de una roca.

-No se me ocurriría desafiarte -dijo en tono burlón. Después se volvió de nuevo y se alejó.

Esta vez, Mufasa no dijo nada.





Los días iban pasando, y Simba había dejado de ser una cría para convertirse en un cachorro. Una mañana, antes del amanecer, Mufasa llevó a Simba a la cima de la Roca del Rey. Cuando el sol comenzó a aparecer en el horizonte, Mufasa dijo:

—Mira, Simba, todo lo que toca la luz es nuestro reino. El tiempo de reinado viene y se va como el sol. Un día el sol se pondrá en mi tiempo y saldrá contigo como nuevo rey.

—¿Y todo esto será mío? ¡Uau! —dijo Simba mirando a su alrededor—. Pero, ¿qué pasa con la zona que está en sombras? Mufasa se volvió hacia su hijo:

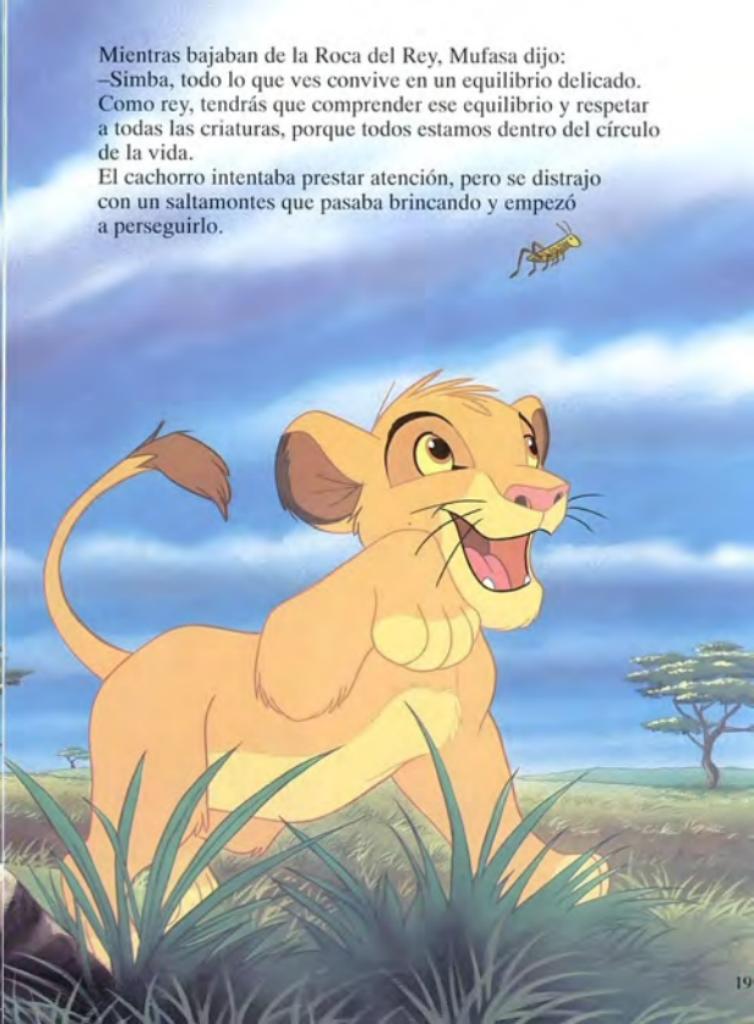
—Eso queda fuera de nuestras fronteras, Simba. No debes ir nunca allí.





Mientras bajaban de la Roca del Rey, Mufasa dijo:  
-Simba, todo lo que ves convive en un equilibrio delicado.  
Como rey, tendrás que comprender ese equilibrio y respetar  
a todas las criaturas, porque todos estamos dentro del círculo  
de la vida.

El cachorro intentaba prestar atención, pero se distrajo  
con un saltamontes que pasaba brincando y empezó  
a perseguirlo.



En ese momento llegó Zazú con las noticias de la mañana.

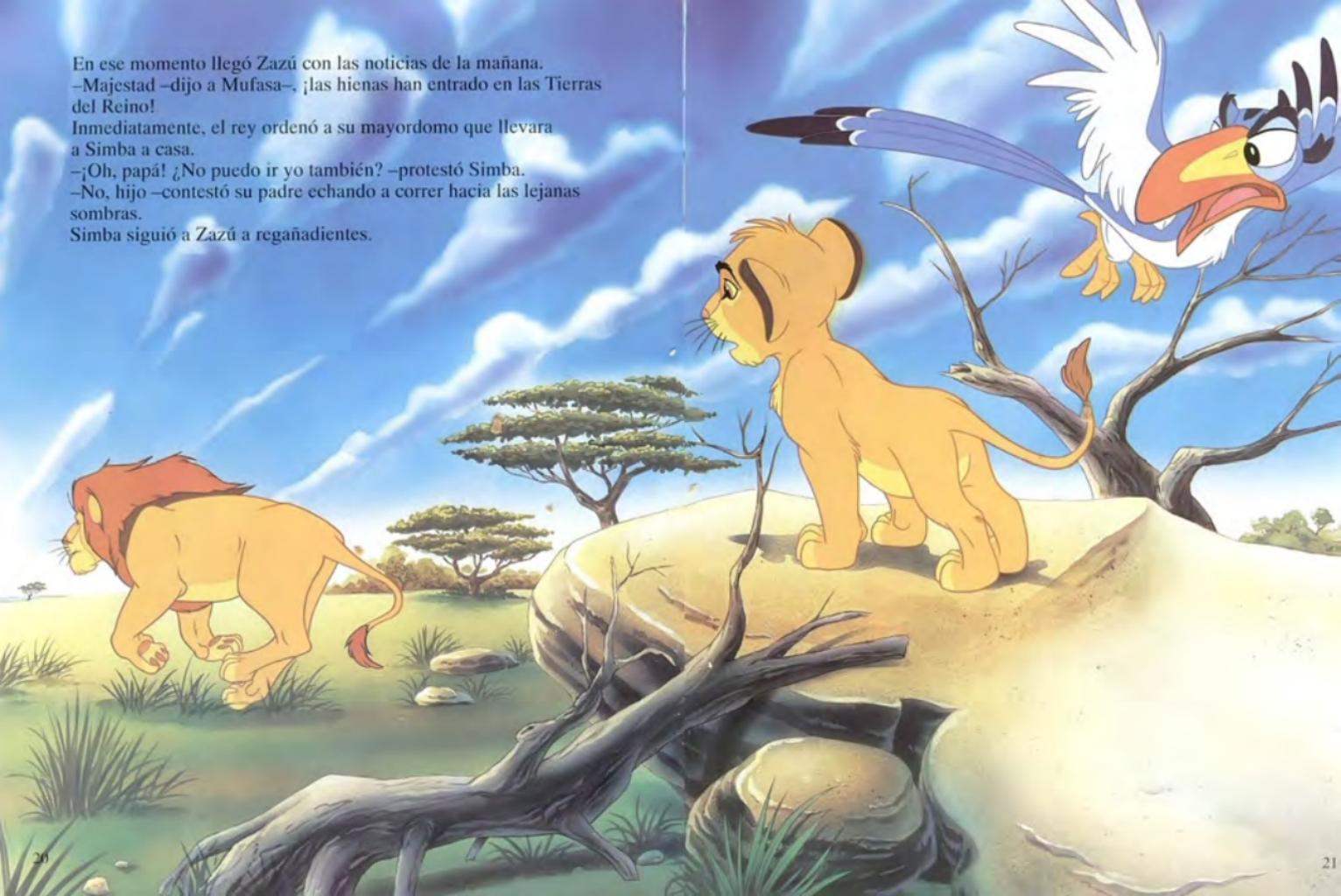
—Majestad —dijo a Mufasa—, ¡las hienas han entrado en las Tierras del Reino!

Inmediatamente, el rey ordenó a su mayordomo que llevara a Simba a casa.

—¡Oh, papá! ¿No puedo ir yo también? —protestó Simba.

—No, hijo —contestó su padre echando a correr hacia las lejanas sombras.

Simba siguió a Zazú a regañadientes.





Zazú dejó a Simba en casa sano y salvo. El cachorro se alejó un poco y encontró a Skar tomando el sol en una roca.  
—¡Hola, tío Skar! —gritó Simba—. ¡Mi papá acaba de enseñarme todo el reino que un día será mío!  
Skar frunció el ceño. Después sonrió:  
—¿Así que tu padre te ha enseñado todo el reino? ¿Te enseñó también lo que hay más allá de la colina?  
—No —contestó Simba—. Me dijo que no puedo ir allí.  
—Y tiene toda la razón —contestó Skar—. Es muy peligroso. Sólo los leones más valientes van allí. Un cementerio de elefantes no es el lugar adecuado para un joven príncipe.  
—¿Un qué de elefantes? —preguntó Simba—. ¡Uau!  
—Oh, cielos! Creo que he hablado más de la cuenta —dijo Skar sonriendo disimuladamente—. ¡Hazme un favor! —añadió—.  
¡Prométeme que nunca irás a ese horrible lugar! Y recuerda que es un secreto entre nosotros.



Mientras Skar se alejaba, Simba se quedó mirando aquel lejano lugar en el horizonte. No podía imaginar que Skar le había tendido una trampa muy astuta para librarse del futuro rey... para siempre.

Simba sabía que si se dirigía al cementerio de elefantes, estaría desobedeciendo a su padre, pero ¿no había dicho su tío Skar que sólo los leones más valientes se atrevían a ir allí? ¿No estaría orgulloso su padre de tener un cachorro tan valiente? Eso pensaba.

Poco después, Simba fue a buscar a su mejor amiga, una cachorra llamada Nala. Se alegró de encontrarla con su madre, Sarafina, y la Reina Sarabi.

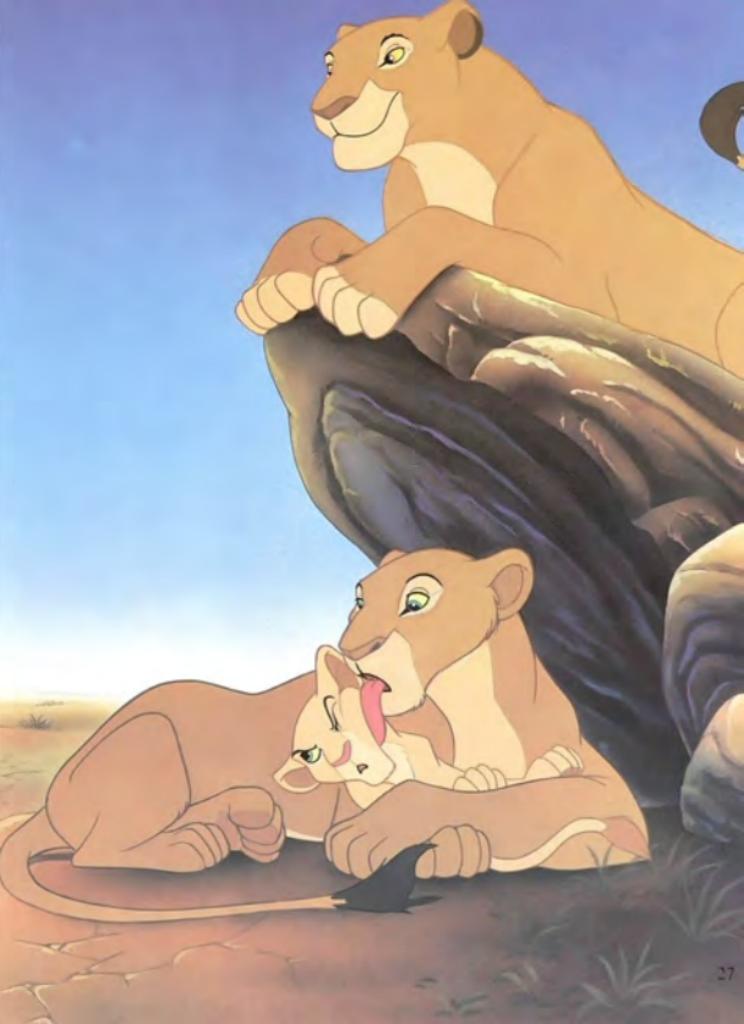
—Mamá —dijo a Sarabi—, ¡acabo de oír hablar de un sitio fantástico! ¿Podemos ir Nala y yo?, porfaa...

—¿Dónde está ese sitio? —preguntó su madre.

—¡Oh!... ¡Cerca de la charca! —mintió el cachorro. El tío Skar había dicho que era un secreto.

—¡De acuerdo! —dijo Sarabi—, siempre y cuando Zazú vaya con vosotros.

«¡Zazú no!», pensó Simba. «¡Lo estropeará todo!»



Mientras Zazú les guiaba, Simba susurró a Nala:

-¡Tenemos que despistarle! No vamos a la charca. ¡Vamos a un cementerio de elefantes!

Zazú se volvió y les vio cuchichear. Dijo:

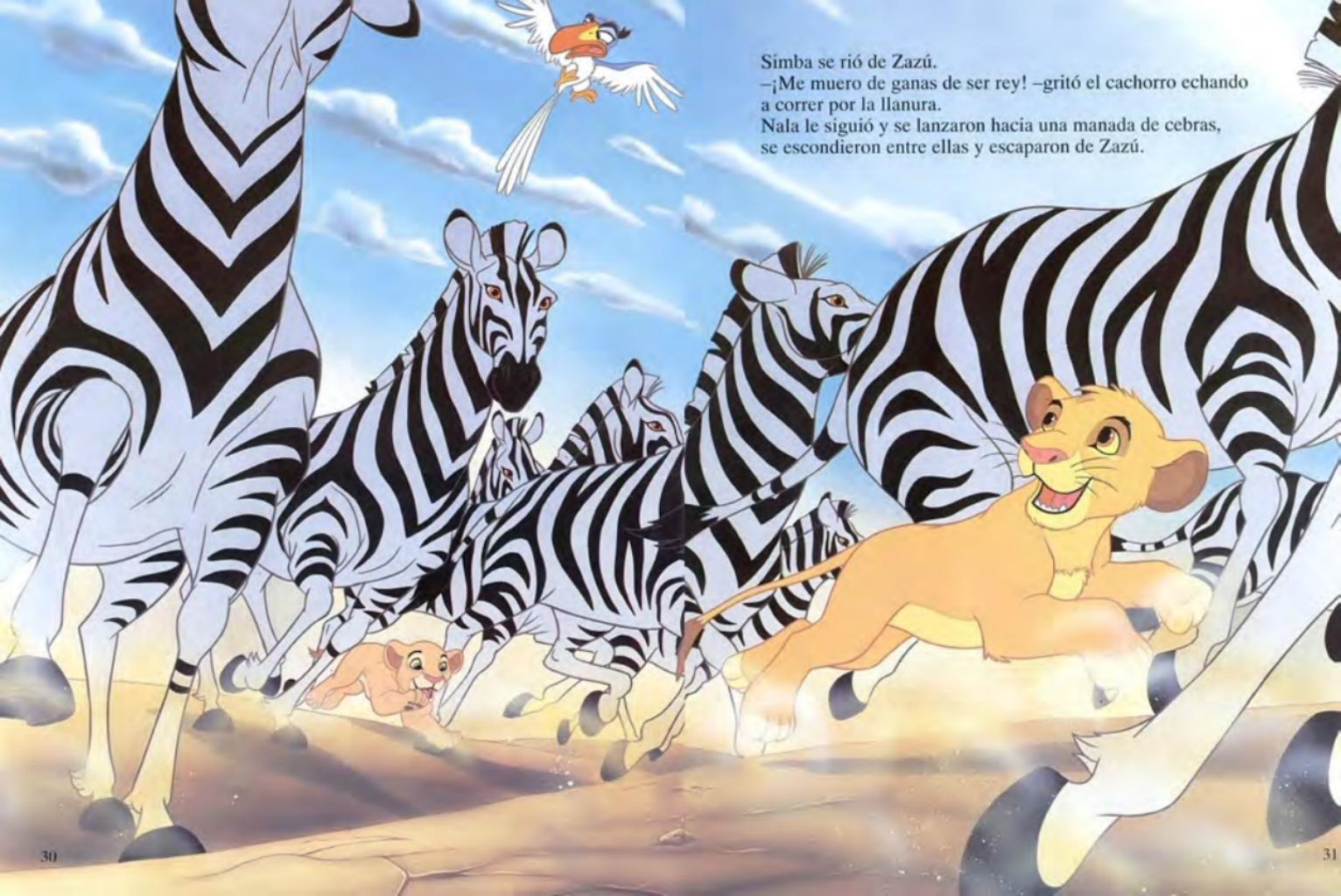
-¡Mira qué dos! Vuestros padres estarán emocionados. ¡Un día os casaréis! ¡Es la tradición!

-¿Casarme con ella? ¡Olvidalo! -dijo Simba-. No puedo casarme con ella. ¡Es mi mejor amiga! Y, además, cuando sea rey haré lo que quiera.

Zazú sacudió la cabeza:

-¡Con esa actitud, serás un rey patético!





Simba se rió de Zazú.

—¡Me muero de ganas de ser rey! —gritó el cachorro echando a correr por la llanura.

Nala le siguió y se lanzaron hacia una manada de cebras, se escondieron entre ellas y escaparon de Zazú.



—¡Lo conseguimos! ¡Perdimos a Zazú!  
—dijo Simba riendo—. ¡Ahora ya  
podemos buscar el cementerio  
de elefantes!

Muy contento, Simba saltó hacia Nala,  
pero ella era demasiado rápida para él  
y le hizo caer de espaldas. Rodaron  
por una colina y fueron a parar al lado  
de un esqueleto de elefante.

—¡Creo que lo encontramos! —dijo  
Nala—. ¡Mira!

Entre la niebla había aparecido  
un enorme esqueleto de elefante.

—¡Uau! —exclamó Nala—.  
¡Es verdaderamente horripilante!  
—¡Vamos! —dijo Simba—. ¡Vamos  
a investigarlo!

Antes de que pudieran trepar al esqueleto, Zazú dio con ellos.  
—¡Nos encontramos fuera de los límites de las Tierras del Reino! —dijo—. Y ahora mismo estamos en grave peligro.  
—¡Me río yo del peligro! —dijo el valeroso cachorro—. ¡Ja, ja!  
—¡Ja, ja! —contestó el esqueleto de elefante.



Entonces, de las órbitas cavernosas del esqueleto salieron tres hienas babeantes.  
—Mira, mira, mira, Banzai.  
—¿Qué tenemos por aquí? —dijo una hiena.  
—No lo sé, Shenzi —contestó otra—. ¿Qué opinas tú, Ed?  
Ed, la tercera hiena, se relamió y rió.



Mientras avanzaban, Banzai exclamó:

—¡No sé cuándo fue la última vez que cené cachorros de león!

—¡Espera, espera, espera! —protestó Shenzi—. ¡Yo me comeré los cachorros de león!

Mientras las hienas discutían, Zazú y los cachorros intentaron escapar, pero las hienas se dieron cuenta y corrieron tras ellos hasta que les rodearon.

Las hienas se acercaron a los intrusos con unas sonrisas que dejaban ver sus colmillos. Cogieron a Zazú primero.

—¿Por qué no escoges a alguien de tu tamaño? —gritó Simba.

Las hienas soltaron a Zazú y corrieron tras los cachorros.

Cuando Shenzi amenazó a Nala, Simba le dio un zarpazo en el hocico.



Las hienas persiguieron a los cachorros, que de pronto se encontraron atrapados entre las costillas del elefante. Las hienas, furiosas, avanzaron hacia Simba con sus afilados dientes reluciendo.

De repente, una garra gigantesca golpeó a Shenzi, y la lanzó con las otras dos contra un montón de huesos. Sabiendo que no podían hacer nada contra el poderoso Rey León, las hienas huyeron golpeadas y maltrechas.

—¡No volváis a acercaros a mi hijo! —rugió Mufasa.

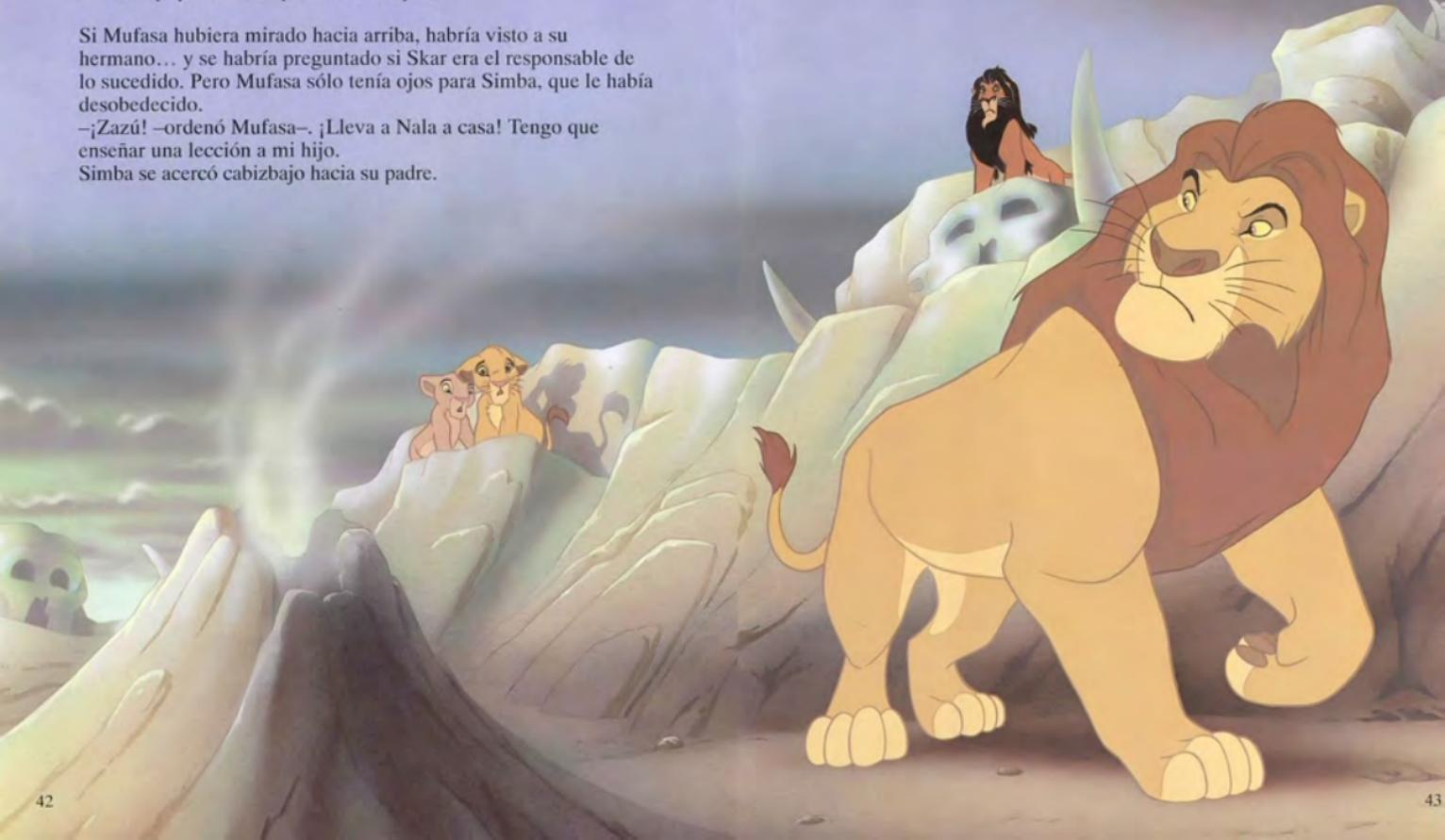


Mientras tanto, Skar había estado observando todo desde un alto. Sabía que las hienas habían fracasado en su intento de destruir a Simba y que tendría que idear otro plan.

Si Mufasa hubiera mirado hacia arriba, habría visto a su hermano... y se habría preguntado si Skar era el responsable de lo sucedido. Pero Mufasa sólo tenía ojos para Simba, que le había desobedecido.

—¡Zazú! —ordenó Mufasa—. ¡Lleva a Nala a casa! Tengo que enseñar una lección a mi hijo.

Simba se acercó cabizbajo hacia su padre.





-Simba, me has defraudado -dijo Mufasa.

-Yo sólo quería ser valiente, como tú, papá.

-Yo sólo soy valiente cuando tengo que serlo, Simba -sonrió el Rey-. Ser valiente no quiere decir que vayas buscando problemas. El sol se había puesto tras el Kilimanjaro, las estrellas empezaban a aparecer en el cielo. Simba miró a su padre y dijo:

-Siempre estaremos juntos, ¿verdad?

-Simba, deja que te diga una cosa que mi padre me dijo a mí: Mira las estrellas. Los grandes reyes del pasado nos observan desde esas estrellas. Siempre estarán ahí para guiarte... y yo también.



Más tarde, Skar fue a buscar a las hienas.

-¿Nos has traído algo para comer, Skar? -preguntó Banzai.

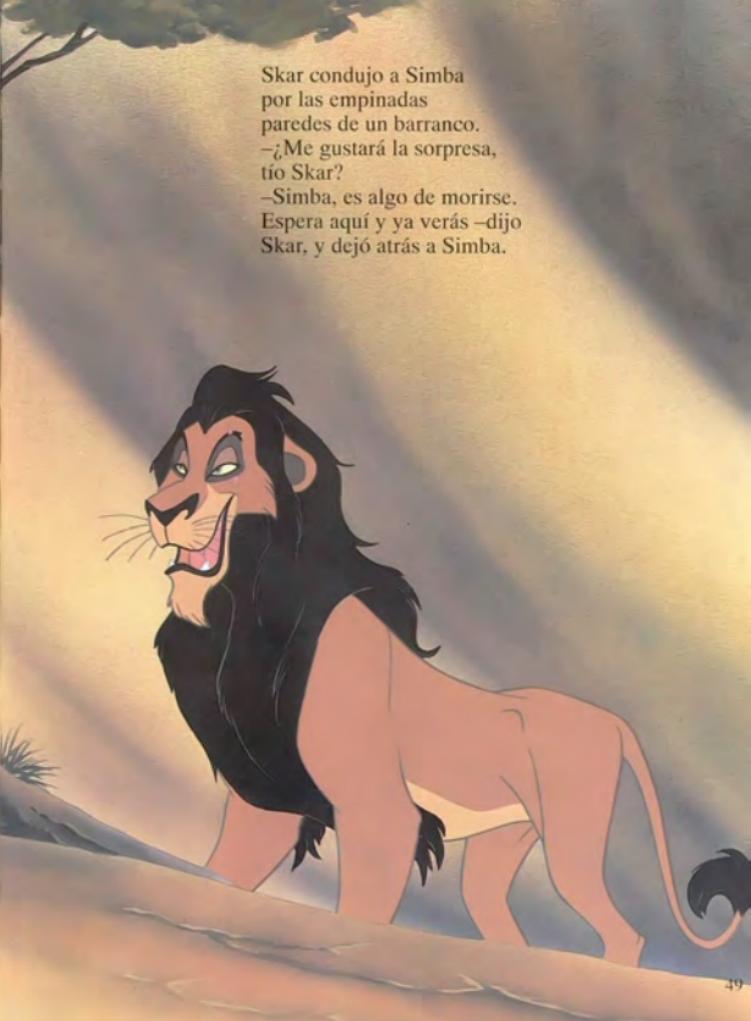
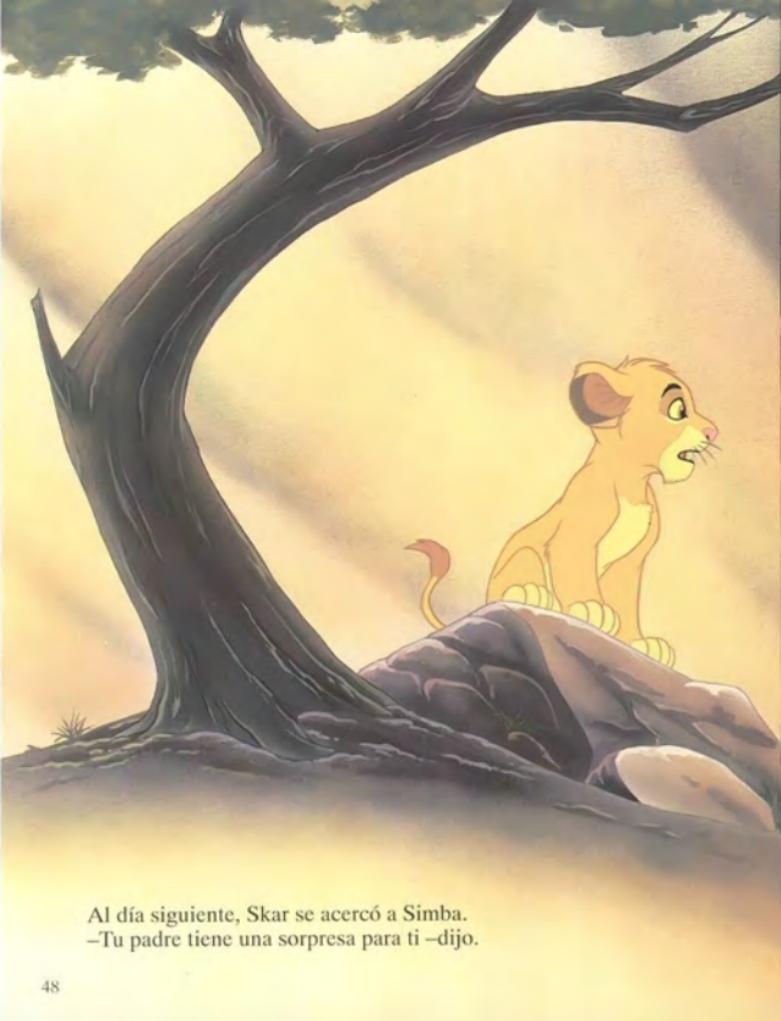
-No os lo merecéis -dijo Skar lanzándoles un trozo de carne-. Os he servido en bandeja esos cachorros y ni siquiera pudisteis con ellos.

-¿Qué querías que hicierámos? ¿Matar a Mufasa? -dijo Banzai.

-Precisamente -contestó Skar.

Mientras las hienas comían vorazmente, Skar ideaba otro plan. Esta vez no habría escapatoria para Simba... ni para su padre.





Skar condujo a Simba por las empinadas paredes de un barranco.

-¿Me gustará la sorpresa, tío Skar?

-Simba, es algo de morirse. Espera aquí y ya verás -dijo Skar, y dejó atrás a Simba.

Al día siguiente, Skar se acercó a Simba.  
-Tu padre tiene una sorpresa para ti -dijo.



No lejos del lugar donde Simba esperaba, pacía una manada de ñues, y no lejos de la manada, tres hienas estaban esperando también. Aguardaban una señal de Skar.  
Shenzi fue la primera en verle.

—¡Ahí está! ¡Vamos!

Presintiendo el peligro, la manada se asustó y salió de estampida hacia el barranco, en dirección a donde estaba Simba.

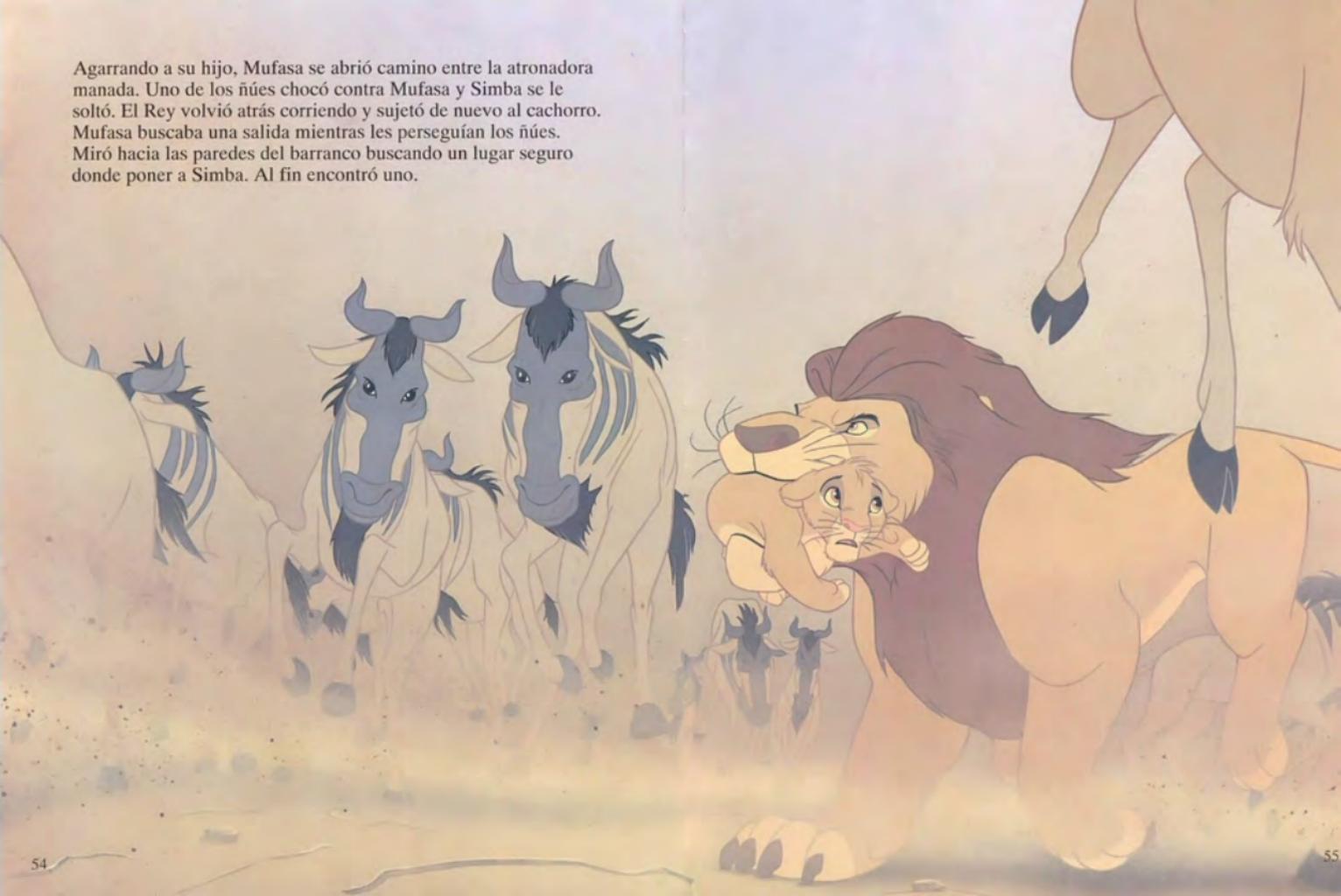
Cerca de allí, Mufasa y Zazú vieron el polvo que subía del barranco.

—¡Mufasa! —grito Skar apareciendo detrás de una roca—. ¡Date prisa! ¡Estampida! ¡Simba está ahí abajo!

Sin pensar en su propia seguridad, el Rey León saltó al barranco y apartó al cachorro del camino de las mortales pezuñas.



Agarrando a su hijo, Mufasa se abrió camino entre la atronadora manada. Uno de los ñues chocó contra Mufasa y Simba se le soltó. El Rey volvió atrás corriendo y sujetó de nuevo al cachorro. Mufasa buscaba una salida mientras les perseguían los ñues. Miró hacia las paredes del barranco buscando un lugar seguro donde poner a Simba. Al fin encontró uno.





Mufasa saltó a un saliente de piedra y puso a Simba sobre él.  
De pronto, Mufasa sintió que la piedra cedía bajo sus patas.  
Cayó entre la manada. Malherido, trató de trepar a otro saliente.  
Miró hacia arriba y vio a Skar.

-¡Hermano... ayúdame! —pidió Mufasa.  
Skar se inclinó hacia él y le agarró.  
—¡Larga vida al rey! —murmuró, y le soltó.  
Mufasa perdió el equilibrio y desapareció entre la masa  
de animales que corrían.

Sin darse cuenta de lo que había hecho Skar, Simba vio caer a su padre. Cuando los ñues se fueron, el cachorro saltó al fondo del barranco. El polvo de la estampida no le dejaba respirar. Por fin encontró a su padre. Acarició con el hocico el cuerpo inmóvil, pero el gran Rey León estaba muerto.





Skar apareció detrás de Simba.

—¿Qué has hecho? —dijo.

—¡Intentó salvarme! —contestó el cachorro.

—Si no hubiera sido por ti, tu padre todavía estaría vivo! —gruñó Skar—. ¡Vete, Simba... vete y no vuelvas nunca más!

Confundido y con el corazón destrozado, Simba salió corriendo. No vio a las hienas que se reunían con Skar ni oyó a su tío ordenarles que le mataran.



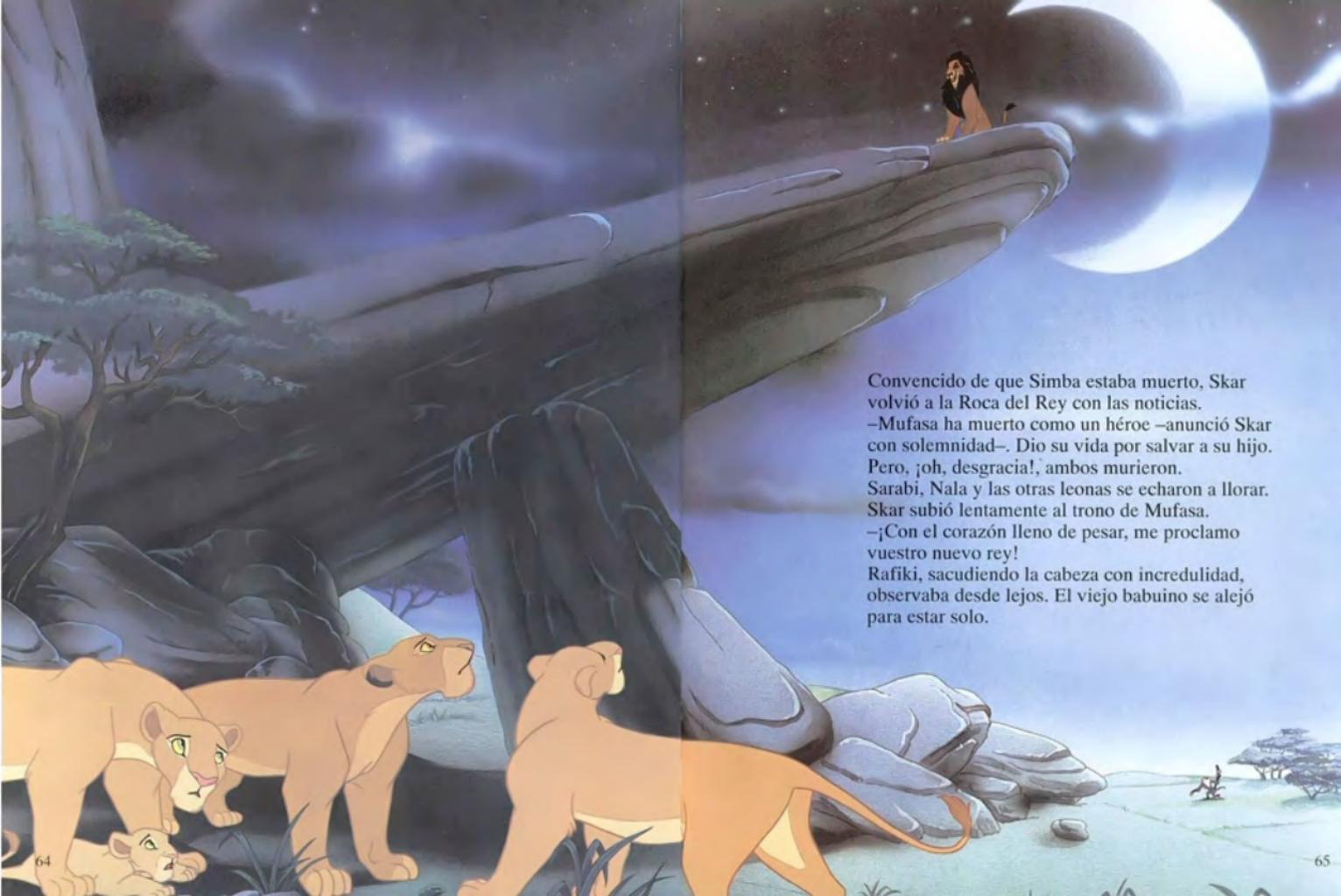
Las hienas encontraron a Simba junto al borde de un barranco.  
—¿Estás solo? —se burlaron Shenzi y Banzai—. ¡Esta vez sí que te tenemos!

El cachorro sólo tenía un modo de escapar. Saltó al barranco hasta una maraña de espinas.

Las hienas no se atrevieron a seguirle. Lo único que hicieron fue quedarse en el borde y burlarse.

—Si regresas algún día, te mataremos! —le gritaron.





Convencido de que Simba estaba muerto, Skar volvió a la Roca del Rey con las noticias.

—Mufasa ha muerto como un héroe —anunció Skar con solemnidad—. Dio su vida por salvar a su hijo. Pero, ¡oh, desgracia!, ambos murieron.

Sarabi, Nala y las otras leonas se echaron a llorar. Skar subió lentamente al trono de Mufasa.

—¡Con el corazón lleno de pesar, me proclamo vuestro nuevo rey!

Rafiki, sacudiendo la cabeza con incredulidad, observaba desde lejos. El viejo babuino se alejó para estar solo.



Herido y agotado después de escapar de las hienas, Simba avanzaba dando trapiés por la calurosa sabana africana. Por encima de él, contra el sol cegador del mediodía, volaban buitres en círculos. Incapaz de seguir adelante, Simba se desmayó y cayó al suelo.



Cuando abrió los ojos de nuevo, el sol ardiente y los buitres habían desaparecido, pero junto a él estaban una mangosta y un facóquero.

—¿Te encuentras bien, chico? —preguntó la mangosta.

—Casi te mueres —dijo el facóquero—. ¡Nosotros te salvamos!

—Gracias por vuestra ayuda —contestó Simba—. Se puso de pie con las piernas temblorosas y empezó a alejarse.



—¿De dónde vienes? —preguntó la mangosta.

—Eso no importa —dijo Simba muy bajo. Entonces admitió—: Hice algo terrible..., pero no quiero hablar de ello.

—¡Eres un proscrito! —gritó la mangosta—. ¡Nosotros también! Yo me llamo Timón y éste es Pumba. Sigue mi consejo, chico. Deja atrás el pasado. ¡Olvida las preocupaciones! ¡Hakuna matata!

Como no tenía otro sitio adonde ir, Simba siguió a Timón y a Pumba hasta su casa de la jungla. Mientras Timón ofrecía a Simba unos bichos que se arrastraban, la mangosta repetía: —¡Esto sí que es vida! ¡No hay reglas, no hay responsabilidades!



Pumba y Timón instruyeron a Simba sobre cómo vivir la vida sin preocupaciones. Le enseñaron todas las cosas divertidas que podían hacerse en la jungla, desde bailar bajo los árboles a lanzarse al río columpiándose en las lianas.



El tiempo pasaba. En la despreocupada compañía de sus nuevos amigos, Simba se convirtió en un joven león. Una noche, mientras los tres contemplaban las estrellas, Simba dijo:

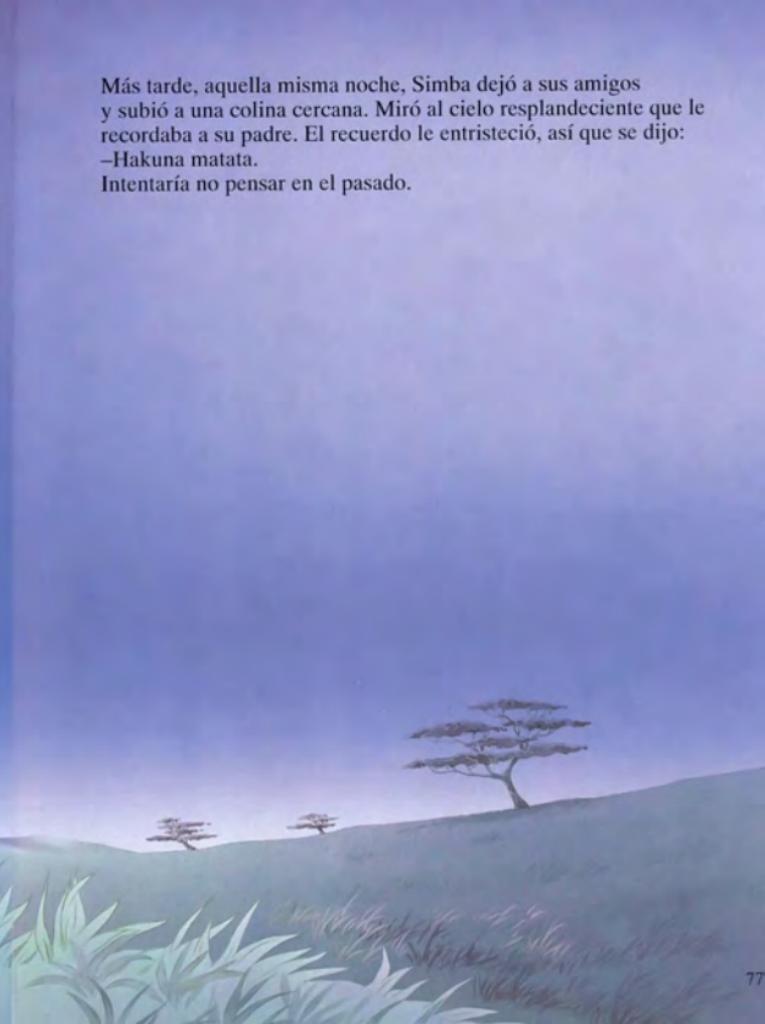
—Una vez, alguien me contó que los grandes reyes del pasado están ahí arriba, vigilándonos.  
Pumbaa y Timón rieron.

—¿Quién te dijo una cosa tan tonta como ésa? —preguntó Timón.

Simba, pensando en su padre, no contestó.



Más tarde, aquella misma noche, Simba dejó a sus amigos y subió a una colina cercana. Miró al cielo resplandeciente que le recordaba a su padre. El recuerdo le tristeó, así que se dijo:  
—Hakuna matata.  
Intentaría no pensar en el pasado.



Mientras Simba intentaba olvidar el pasado, Rafiki, el viejo sacerdote, trataba de adivinar el futuro. Rompió una calabaza y miró dentro. Lo que leyó le alegró mucho.

—¡Simba! —gritó.

Corrió hacia una pintura del cachorro que había hecho en su cueva. Rompió otra calabaza y con el líquido pintó una melena alrededor de la cabeza de Simba.

—¡Ha llegado la hora! —anunció. Cogió su bastón y emprendió el camino hacia las Tierras del Reino.





Al día siguiente, cuando Simba vagabundeaba por la jungla,  
oyó a sus amigos pedir auxilio.

Simba corrió hacia donde se oían las voces. Pumba estaba  
atrapado debajo del tronco de un árbol caído y Timón trataba  
de protegerle de una joven leona hambrienta.

Cuando saltaba hacia sus amigos, Simba se lanzó hacia ella y la golpeó en un costado. Lucharon un momento. Entonces, la leona le tiró al suelo y se quedó mirándole fijamente.  
-¿Simba? -dijo titubeando.  
-¿Nala? -contestó él.  
Mientras los leones se abrazaban, Timón dijo:

-¿Qué está pasando aquí?  
Simba rió y presentó a Nala a sus amigos.  
-Todos creen que estás muerto -dijo al fin la leona-. Skar nos contó lo de la estampida.  
-¿Qué más os contó? -preguntó Simba con cautela.  
-¿Qué importa eso! -exclamó Nala-. ¡Estás vivo!  
¡Y eso significa que eres el Rey!  
-¿Rey? -gritaron sorprendidos Timón y Pumba.



Pidiendo excusas, Simba y Nala se adentraron en la jungla.  
—Skar dejó que las hienas se adueñaran de las Tierras del Reino —dijo Nala—. Todo está destruido. No hay comida ni agua.

—No puedo regresar —contestó él.

Nala no podía comprender por qué Simba rehusaba aceptar su responsabilidad y ayudar a su gente.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó—. No eres el Simba que yo recordaba.

—¡Escucha! —exclamó Simba enfadado—. ¡Crees que puedes aparecer de pronto y dirigir mi vida? No sabes todo lo que he pasado. Nala le llamó, pero Simba no le hizo caso.



Aquella noche, mientras los otros dormían, Simba estaba sentado en una roca y miraba al cielo estrellado.

—No me importa lo que digan —habló en voz alta—. No volveré. Además, ¿de qué serviría? No se puede cambiar el pasado. Entonces, Simba oyó un sonido extraño. En algún lugar de la jungla, alguien cantaba con voz monótona. Como si surgiera de la nada, apareció la figura encorvada de un viejo babuino.

—¿Quién eres? —preguntó Simba ligeramente molesto.  
—La pregunta es: ¿quién eres tú? —dijo el babuino.

A scene from Disney's The Lion King. Simba, a young lion cub with a brown mane, is sitting in a shallow, light blue pond. He has a worried expression. An older baboon, Rafiki, is partially submerged in the water behind him, pointing his long, dark hand towards the surface. In the background, tall green reeds grow along the edge of the pond. The sky is a dark, hazy purple.

Simba se quedó un momento pensativo,  
luego suspiró.

El viejo babuino dijo:

—Conozco a tu padre.

—Mi padre está muerto —contestó Simba.

—¡No! —dijo el babuino—. Está vivo.

Té lo demostraré. Sólo tienes que seguir  
al viejo Rafiki. Conoce el camino.

El viejo babuino condujo a Simba  
hacia una laguna de agua clara  
y tranquila.

—Mira ahí abajo —dijo Rafiki.

En la laguna, Simba no veía  
más que su reflejo.

—¡Mira mejor! —insistió  
el babuino.



Un ligero vientecillo movió el agua. Cuando se paró la brisa, Simba observó el rostro de su padre.

—¿Lo ves? —dijo Rafiki—. Él está vivo en ti.

Simba oyó una voz que le llamaba y miró hacia arriba.

Vio la imagen de su padre en las estrellas.

—Mira en tu interior, Simba —dijo la imagen de su padre—.

Tú eres más de lo que estás siendo. Tienes que ocupar tu puesto en el círculo de la vida. Recuerda quién eres... Eres mi hijo y el verdadero rey. Recuerda...

La visión se hizo borrosa y desapareció. Simba se quedó solo, pensando.





A la mañana siguiente, Nala, Timón y Pumba buscaban a Simba por todas partes. Al fin, Rafiki les encontró.

—No hallaréis a Simba por aquí —dijo el babuino—. ¡El Rey ha regresado!

Timón preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Ha regresado para desafiar a su tío! —exclamó Nala—.

¡Voy con él!

—¡Yo también! —dijo Pumba. Se volvió hacia su amigo y dijo—: Timón, es una cuestión de responsabilidad.

—¡Vale! ¡Bien! ¿Quién te necesita? —dijo Timón, que decidió quedarse atrás.



Mientras cruzaba su tierra natal, Simba veía por todas partes ruina y devastación. Dudó unos instantes. Entonces, sintió en su cara un aire fresco, y vio nubes de lluvia que avanzaban por el horizonte. Con esperanzas renovadas, continuó su viaje.

Pronto Nala se reunió con él, y también Pumba y Timón. Cuando se acercaban a la Roca del Rey, vieron algunas hienas. Pumba y Timón se quedaron atrás para desviar la atención. Nala fue a buscar a las leonas mientras Simba seguía solo en busca de su madre.

Mientras tanto, en la Roca del Rey, Skar reinaba sin avergonzarse.

—¿Dónde está tu grupo de caza? —gritó a Sarabi.

—No hay comida —contestó ella—. Las manadas se han ido.  
No tenemos elección, debemos marcharnos de la Roca del Rey.

—No vamos a ir a ninguna parte —gruñó Skar.

Sarabi contestó:

—Entonces nos condenarás a todos a muerte.

—Pues así será. ¡Yo soy el Rey y dicto las normas!

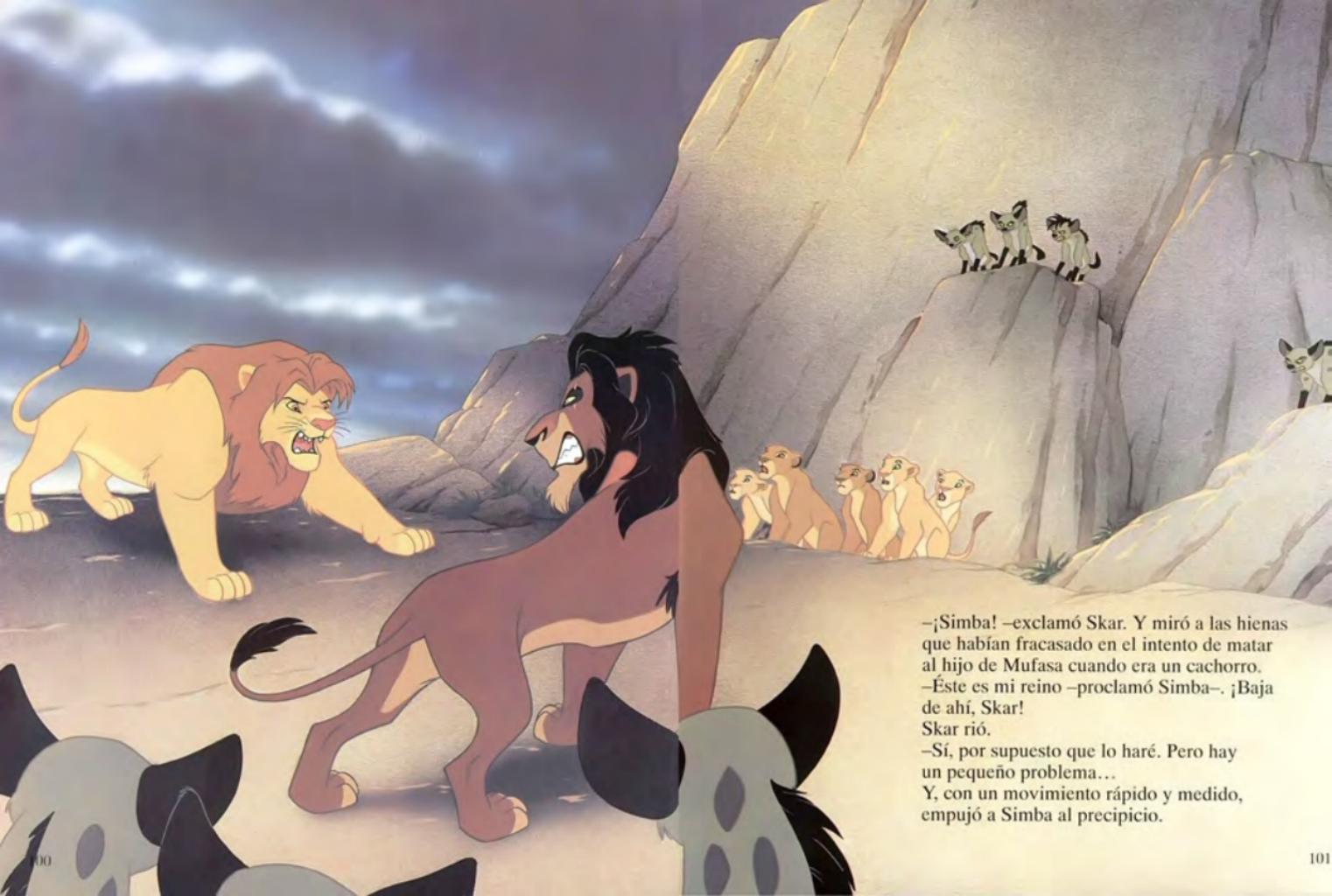
—Si fueras la mitad de rey de lo que era Mufasa... —comenzó a decir Sarabi.

Rabioso, Skar la golpeó y ella cayó.



Un tremendo rugido resonó entre las rocas.  
Skar se volvió y vio ante él un león enorme.  
—¡Mufasa! —dijo ahogando un grito—. ¡No!  
¡No puede ser! ¡Estás muerto!  
Tremblando y desvariando, Skar se alejó  
del fantasma.  
—¿Qué quieres? —gritó—. ¿Por qué estás aquí?  
¡Vete! ¡Vete! ¡Déjame en paz!  
Aunque habían pasado varios años, Sarabi  
todavía reconocía a su hijo.  
—Simba —dijo en voz baja—, ¡estás vivo!





—¡Simba! —exclamó Scar. Y miró a las hienas que habían fracasado en el intento de matar al hijo de Mufasa cuando era un cachorro.

—Éste es mi reino —proclamó Simba—. ¡Baja de ahí, Scar!

Scar rió.

—Sí, por supuesto que lo haré. Pero hay un pequeño problema...

Y, con un movimiento rápido y medido, empujó a Simba al precipicio.

Pero Simba consiguió asirse al borde de la roca.

-¡Todos quietos! —gritó Skar.

Las hienas se retiraron abriendo paso para que Skar se acercara más a Simba, que luchaba para no caer a lo que sería su muerte. Skar se burló.

-¿Dónde he visto esto yo antes? ¡Ah, sí!..., ya me acuerdo. Tu padre estaba exactamente igual que tú antes de que yo le matara.



Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Simba se abalanzó sobre su tío. Mientras luchaban, Skar ordenó a las hienas que le ayudaran.

Momentos después llegaron Nala y las otras leonas con Timón y Pumba, y atacaron con furia a las hienas tratando de ahuyentárlas.

Mientras los grupos peleaban, cayó un relámpago en las ressecas hierbas de la sabana. El viento, ahora fuerte, lanzó enormes llamas hacia la Roca del Rey. Durante la batalla, Simba había perdido de vista a su tío.





Simba vio a Skar trepando hacia la Roca del Rey. Simba subió por la escarpada pared esquivando el fuego y el humo. Esta vez atrapó a Skar en el borde.

—Simba, no lo comprendes —dijo Skar—. Las hienas también son culpables. Ellas son el enemigo. Fue culpa de ellas.

—¡Vete, Skar! —ordenó Simba, repitiendo la orden que su tío le dio un día—. ¡Vete y no vuelvas nunca más!

Skar empezó a marcharse, pero se volvió de repente y se lanzó contra Simba. Actuando rápidamente, Simba arrojó a Skar por el precipicio. El sonido de las mandíbulas de las hienas hambrientas que llegaba desde abajo reveló el terrible destino de Skar.



Cuando empezó a llover, Simba subió a la cima de la Roca del Rey. Las nubes se retiraron dejando al descubierto un cielo lleno de estrellas. Simba rugió triunfante y todos los que le oyeron se alegraron.

Pronto, bajo el mandato de un rey sabio y valiente, las Tierras del Reino florecieron. Las manadas regresaron a los pastos y volvió a haber comida para todos.





Desde lo alto de la Roca del Rey, Simba vigilaba su reino. Cuando veía las prósperas tierras allá abajo, sabía que había actuado correctamente. Se alegraba de haberse enfrentado a su pasado... y haberse desafiado a sí mismo desafiando a Skar. El Rey Simba dio las gracias a Rafiki y a su vieja amiga Nala, que, por supuesto, ahora era su reina.



CUARTA EDICIÓN  
© Disney

1994 EDICIONES GAVIOTA, S. L.  
Manuel Tovar, 8  
28034 MADRID  
Reservados todos los derechos  
ISBN: 84-392-8447-0  
Depósito Legal: LE 1.676-2000  
Printed in Spain - Impreso en España  
Editorial Evergráficas, S. L.

Pronto los animales volvieron a reunirse para celebrar el nacimiento de un hijo del Rey. Simba y Nala miraban orgullosos a Rafiki, que sostenía a su cachorro en lo alto de la Roca.

Entonces, Simba recordó algo que le había dicho su padre una vez: «El tiempo de reinado de un rey llega y se va como el sol. Un día el sol se pondrá en mi tiempo y saldrá contigo como nuevo rey.»

Algún día, Simba le diría lo mismo a su hijo, continuando el círculo de la vida...



# Los Clásicos

# Disney

 **Gaviota**  
EDICIONES

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney**, ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

## Títulos de la colección

*La Bella y la Bestia, una Navidad encantada  
Mulán • Hércules • Pocabontas  
El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo  
El regreso de Yafar • El Rey León  
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo  
Aladdín • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo  
La Bella durmiente • La Cenicienta  
Los Aristogatos • Los Rescatadores  
Oliver y su pandilla • Peter Pan  
La Bella y la Bestia • El libro de la selva  
Blancanieves • Robin Hood  
Alicia en el País de las Maravillas  
Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico  
Basil, el ratón superdetective  
Merlín el Encantador • Pinocchio  
Los Rescatadores en Cangurolandia  
El Rey León II • El tesoro de Simba  
El Príncipe y el mendigo  
La Navidad de Mickey • Tarzán • Dinosaurio*

ISBN 84-392-8447-0



9 788439 284475